

del patio, los caballos entran en la cuadra; por aquel día el viage ha concluido; se llora, se lamenta, se suplica. Pero si por el contrario, el fraile está sano y salvo, nadie tiene nada; vuélvese á subir en su sitio, la nodriza y la aldeana ocupan de nuevo cada una el suyo; todos se colocan otra vez en sus diversos asientos, y con solo el grito escitador del conductor, el corricolo emprende su intrépida marcha, rápida como el viento é infatigable como el tiempo.

He aquí lo que es el corricolo.

¿Pero cómo el nombre de un carruaje ha llegado á ser el título de una obra? Esto es lo que el lector verá en el segundo capítulo.

Ademas tenemos antecedente de este género, al que nos asiste un derecho de invocar mas que nadie; y es el *Sperronare*.

PRIMERA PARTE

I

OSMIN Y ZAIDA

Nos habíamos apeado en la fonda de la Victoria. El señor Martin Zir es el tipo del perfecto fondista italiano; hombre de gusto, hombre de imaginacion, anticuario distinguido, aficionado á pinturas, entusiasta por las curiosidades, coleccionador de autógrafos, el señor Martin Zir lo es todo, escepto fondista. Lo cual no impide que la fonda de la Victoria sea la mejor fonda de Nápoles. ¿En qué consiste esto? No lo sé. Dios lo es, porque lo es.

Es verdad que la fonda de la Victoria está situada en una disposicion que encanta: si abris una ventana veis

á Chiaja, la Villa-Reale, el Paussilipo; abris otra, veis el golfo, y á la estremidad del golfo, semejante á un navio eternamente anclado, la azulada y poética Caprea; abris la tercera, y veis á Santa Lucía con sus mollenari, sus productos de mar, su gritería diaria, sus iluminaciones de todas las noches.

Las habitaciones desde donde se disfrutaban tan agradables perspectivas, no son piezas; son galerías de pinturas, gabinetes de curiosidades, almacenes llenos de bote en bote.

Yo creo que lo que decide al señor Martin Zir á recibir en su casa á los estrangeros, es en primer lugar el deseo de hacerles ver los tesoros que posee; además aloja y da alimento á los huéspedes de un modo especial. Al término de su permanencia en la Victoria, se trata del gasto total, es verdad: este total asciende á cien escudos, á veinte y cinco luises, á mil francos, ó á más, ó á menos, también es verdad; pero es porque ellos piden su cuenta. Si no la piden, creo que el señor Martin Zir, estasiado en la contemplación de un cuadro, en la apreciación de una porcelana, ó en descifrar un autógrafo, se olvidaría de enviársela.

Así cuando el dey espulsado de Argel, pasó á Nápoles, llevando sus tesoros y su harem, enterado de la reputación del señor Martin Zir, se hizo conducir directamente á la fonda de la Victoria, cuyos tres pisos superiores alquiló; es decir, el tercero, el cuarto y las boardillas.

El tercero era para sus oficiales y su servidumbre.

El cuarto para él y sus tesoros.

Las boardillas eran para su harem.

La llegada del dey fué una gran fortuna para el señor Martin Zir, no como pudiera creerse por el dinero que el argelino iba á dejar de gastar en la fonda, sino por los tesoros de armas, trages y alhajas que llevaba consigo.

Al cabo de ocho dias, Hussein-Pacha y el señor Martin Zir eran los mejores amigos del mundo; ya no se separaban. El que veía presentarse al uno, esperaba ver inmediatamente aparecer al otro. Orestes y Pilades no eran mas inseparables: Damon y Pythias no se tenían mas afecto. Esto duró cuatro ó cinco meses. Durante este tiempo se dieron muchas fiestas á su alteza. En una de estas fiestas en la casa del principe de Cassaro, el dey, habiendo visto bailar un cotillon vertiginoso, preguntó al principe de Tricasia, yerno del ministro de Negocios estrangeros, cómo siendo tan rico se tomaba él mismo el trabajo de bailar.

El dey era sumamente aficionado á esta clase de diversiones, porque era muy impresionable ante la belleza, pero ante la belleza como él la comprendia, bien entendida. Solo que tenia un modo singularísimo de manifestar su desprecio y su admiración. Segun la demacración ó la obesidad de las personas, decia:

— La señora tal no vale tres pesos. La señora cual vale mas de mil ducados.

Un dia se supo con admiración que el señor Martin Zir y Hussein-Pachá acababan de descompadran. He aquí con qué motivo habia sobrevenido esta desavenencia.

Una mañana el cocinero de Hussein-Pachá, un hermoso negro de Nubia, tan oscuro como tinta y reluciente como si estuviese barnizado: una mañana, digo, el cocinero, de Hussein-Pachá habia bajado á la cocina y habia pedido el cuchillo mas grande que hubiese en la fonda.

El repostero le habia dado una especie de cuchillo de mechar de diez y ocho pulgadas de longitud, flexible como un florete y afilado como una navaja de afeitar. El negro habia mirado el instrumento moviendo la cabeza, y luego habia subido á su tercer piso.

Un instante despues, volvió á bajar y entregó el mechador al repostero diciendo:

— ¡Mas grande, mas grande!

Entónces el repostero abrió todos sus cajones y encontrando una cuchilla de que él mismo no se servia sino en las grandes ocasiones, la habia entregado á su colega. Este habia examinado la cuchilla con la misma atencion con que habia examinado el mechador, y despues de responder con un signo de cabeza que queria decir: « ¡Hum! aun no es esto lo que necesitaba, pero se aproxima, » habia subido otra vez como ántes.

Cinco minutos despues, bajó de nuevo el negro, y dando la cuchilla al gefe de cocina:

— Mas grande todavía, le dijo.

— ¿Y para qué diablo teneis necesidad de un cuchillo mas grande que este? preguntó el gefe.

— Yo tener necesidad de él, respondió el negro flemáticamente.

— ¿Pero qué vais á hacer?

— Para yo cortar la cabeza á Osmin.

— ¡Cómo! exclamó el repostero, ¿para cortar la cabeza á Osmin?

— Para cortar la cabeza á Osmin, respondió segunda vez el negro.

— ¿A Osmin el gefe de las eunucos de su alteza?

— A Osmin el gefe de los eunucos de su alteza.

— ¿A Osmin á quien tanto ama el dey?

— A Osmin á quien tanto ama el dey.

— ¡Pero estais loco, querido! si cortais la cabeza á Osmin, su alteza se pondrá furioso.

— Su alteza lo ha mandado á mí.

— ¡Ah! entónces eso es diferente.

— Dadme, pues, otro cuchillo, replicó el negro, que volvía á su idea con la persistencia de la obediencia pasiva.

— ¿Pero qué ha hecho Osmin? preguntó el repostero.

— Dadme otro cuchillo, mas grande, mas grande.

— Antes desearia saber que es lo que ha hecho Osmin.

— Dadme otro cuchillo, ¡mas grande, mas grande, todavía mas grande!

— ¡Pues bien! te daré tu cuchillo, si me dices lo que ha hecho Osmin.

— Ha dejado hacer un agujero en la pared.

— ¿En qué pared?

— En la pared del harem.

— ¿Y qué mas?

— La pared era la del cuarto de Zaida.

— ¿La favorita de su alteza?

— La favorita de su alteza.

— ¿Y bien?

— ¡Y bien! un hombre ha entrado en la habitacion de Zaida.

— ¡Diablo!

— Dadme, pues, un cuchillo grande, grande, grande, para cortar la cabeza á Osmin.

— Dispensadme; mas ¿qué barán á Zaida?

— Su alteza ir á pasear por el golfo con un saco, Zaida estar en este saco, su alteza arrojar el saco al mar y... buenas noches, Zaida.

Y el negro riendo por la chanzoneta que acababa de usar, enseñó dos filas de dientes blancos como perlas.

— ¿Pero, cuándo será eso? replicó el gefe.

— ¿Cuándo el qué? preguntó el negro.

— ¿Cuándo se arrojará al mar á Zaida?

— Hoy. Empezar por Osmin, concluir por Zaida.

— ¿Y eres tú quién se ha encargado de la ejecucion?

— Su alteza ha dado la órden á mí, dijo el negro irguiéndose con orgullo.

— Pero esa es comision del verdugo y no tuya.

— Su alteza no haber tenido tiempo de traer su verdugo, y ha traído cocinero conmigo. Dadme, pues, un gran cuchillo para cortar la cabeza á Osmin.

— Está bien, está bien, interrumpió el gefe de cocina; te se va á buscar tu gran cuchillo. Espérame aquí.

— Yo esperaros, dijo el negro.

El repostero fué corriendo á la habitacion del señor Martin Zir, y le comunicó la pretension del cocinero de su alteza.

El señor Martin Zir fué con igual presteza á casa de su esclencia el gefe de policia, y puso en su conocimiento lo que pasaba en su fonda.

Su esclencia hizo enganchar los caballos á su carruage y fué á casa del dey.

Encontró á su alteza medio tendido en un divan, con la espalda apoyada en la pared, fumando latakie en una pipa, con una pierna debajo del cuerpo y la otra estendida, haciéndose rascar la planta del pié por un icoglan y abanicar por dos esclavos.

El superintendente de policia hizo los tres saludos de costumbre y el dey inclinó su cabeza.

— Alteza, dijo su esclencia, soy el superintendente de la policia.

— Te conozco, respondió el dey.

— Entonces vuestra alteza, sabrá el motivo que me trae.

— No; pero no importa, sé bien venido.

— Vengo para impedir que vuestra alteza cometa un crimen.

— ¡Un crimen! ¿Y cuál? dijo el dey quitándose la pipa de su boca y mirando á su interlocutor con la expresion de la mas profunda admiracion.

— ¿Cuál? ¡Vuestra alteza lo pregunta! exclamó el superintendente. ¿Vuestra alteza no tiene la intencion de hacer cortar la cabeza á Osmin?

— Cortar la cabeza á Osmin no es un crimen, replicó el dey.

— ¿Vuestra alteza no tiene la intencion de arrojar á Zaida al mar?

— Arrojar á Zaida al mar no es un crimen, replicó tambien el dey.

— ¡Cómo! ¿No es un crimen arrojar á Zaida al mar y cortar la cabeza á Osmin?

— He comprado á Osmin por quinientas piastras, y á Zaida por mil zequies, como compré esta pipa en cien ducados.

— ¡Y bien! preguntó el superintendente, ¿á dónde quiere ir á parar vuestra alteza?

— A que como esta pipa me pertenece puedo hacerla diez pedazos, veinte, cincuenta, si me conviene, y nadie puede decirme nada. Y el pachá hizo añicos su pipa cuyos pedazos arrojó por la habitacion.

— Está bien respecto á una pipa, dijo el superintendente; pero en cuanto á Osmin, en cuanto á Zaida....

— Valen menos que una pipa, dijo gravemente el dey.

— ¡Cómo menos que una pipa! ¡Un hombre menos que una pipa! ¡Una mujer menos que una pipa!

— Osmin no es un hombre, Zaida no es una mujer: son esclavos. Haré cortar la cabeza á Osmin; haré arrojar á Zaida al mar.

— No, dijo su esclencia.

— ¡Cómo no! exclamó el pachá con un gesto de amenaza.

— No, repitió el superintendente, no, á lo menos en Nápoles.

— ¿Giavur, dijo el dey, sabes como me llamo?

— Os llamais Hussein-Pachá.

— ¡Pero cristiano! exclamó el dey con una cólera creciente; ¿sabes quién soy?

— Sois el ex-dey de Argel, y yo el superintendente actual de la policia de Nápoles.

— ¿Y eso qué quiere decir? preguntó el dey.

— Quiere decir que voy á enviaros preso si sois im-

prudente, ¿lo entendeis, buen hombre? respondió el superintendente con la mayor sangre fría.

— ¡Preso! murmuró el dey dejándose caer en su divan.

— Preso, dijo el superintendente.

— Está bien, replicó Hussein. Esta noche dejo á Nápoles.

— Vuestra alteza es libre como el aire, respondió el superintendente.

— Soy feliz, dijo el dey.

— Mas, sin embargo, con una condicion.

— ¿Cuál?

— Que vuestra alteza me jurará por el profeta que no sucederá ninguna desgracia á Osmin ni á Zaida,

— Osmin y Zaida me pertenecen, dijo el dey, y haré de ellos lo que me agrade.

— Entonces vuestra alteza no partirá.

— ¡Cómo! ¿no partiré?

— No, al menos antes de haberme entregado á Osmin y Zaida.

— ¡Jamás! exclamó el dey.

— Entonces los prenderé, dijo el superintendente.

— ¿Los prendereis? ¿Prendereis mi eunuco y mi esclava?

— Al poner el pié en tierra de Nápoles, vuestra esclava y vuestro eunuco se han convertido en libres. No saldreis de Nápoles sino á condicion de que los dos culpables serán entregados á la justicia del rey.

— Y si no quiero entregároslos, ¿quién me impedirá partir?

— Yo.

— ¿Vos?

Y el pachá llevó la mano á su puñal; el superintendente le cogió el brazo por la muñeca.

— Venid aquí, le dijo conduciéndole hácia la ventana; mirad á la calle. ¿Qué veis á la puerta de la fonda?

— Un peloton de gendarmeria.

— ¿Sabeis lo que espera el gefe que la manda? Que le haga una señal para conducirlos á la prision.

— ¡A la prision yo! ¡Quisiera ver eso!

— ¿Quereis verlo?

Su esclencia hizo una señal: un instante despues se oyó resonar en la escalera el ruido de dos fuertes bolas armadas de espuelas. Casi al punto se abrió la puerta y el gefe de gendarmes apareció en el dintel con la mano derecha en su sombrero y la izquierda en la costura exterior de su pantalon.

— Gennaro, le dijo el superintendente de policia, si os doy la órden de detener al señor y conducirle á una prision, ¿encontraríais para ejecutarlo alguna dificultad?

— Ninguna, esclencia.

— ¿Sabeis que el señor se llama Hussein-Pachá?

— No lo sabia.

— ¿Y que el señor es nada menos que el dey de Argel?

— ¿Que es eso del dey de Argel?

— Ya lo veis, dijo el superintendente.

— ¡Diablo! murmuró el dey.

— ¿Hay que hacerlo? preguntó Gennaro sacando unas esposas de su bolsillo y adelantándose hácia Hussein-Pachá, quien viéndole dar un paso hácia adelante, dió por su parte otro hácia atrás.

— No, no hay necesidad, dijo el superintendente. Su alteza será muy prudente. Solo si buscad por la fonda á un cierto Osmin y á una cierta Zaida, y conducidlos á ambos á la prefectura.

— ¡Cómo, cómo! dijo el dey; ¿entrará ese hombre en mi harem?

— No veis un hombre aquí, respondió el superintendente; es un gefe de gendarmeria.

— No importa. ¡No tendrá mas que dejar abierta la puerta!

— Tenemos un medio. Haced que le entreguen á Osmin y Zaida.

— ¿Y serán castigados? preguntó el dey.

— Segun todo el rigor de nuestras leyes, respondió el superintendente.

— ¿Me lo prometeis?

— Os lo juro.

— Entonces, dijo el dey, hay que contentarse con acceder á lo que quereis, puesto que no hay otro remedio.

— En buen hora, dijo el superintendente; bien sabia yo que no érais tan malo como aparentais serlo.

Hussein-Pachá dió dos palmadas; un esclavo abrió una puerta oculta en la pared.

— Haced bajar á Osmin y Zaida, dijo el dey.

El esclavo cruzó las manos sobre el pecho, inclinó la cabeza y se alejó sin responder una palabra. Un instante despues volvió á presentarse con los culpables.

El eunuco era una bolita de carne, grueso, grasiento, redondo, con piés y manos de mujer, y el conjunto de su figura femenino tambien.

Zaida era una circasiana de ojos pintados con el *cool*, de dientes ennegrecidos con *betel*, de uñas sonrosadas por el *henne*.

Al ver á Hussein-Pachá, el eunuco cayó de rodillas, y Zaida levantó la cabeza. Chispearon los ojos del dey y llevó la mano á su *cangiar*. Osmin palideció, Zaida sonrió.

El superintendente se colocó entre el pachá y los culpables.

— Haced lo que he mandado, dijo volviéndose hácia Gennaro.

Gennaro se adelantó hácia Osmin y Zaida, les puso á ambos las esposas, y se los llevó.

En el momento en que abandonaban la habitacion co-

el gefe de los gendarmes, Hussein exhaló un suspiro que parecia mas bien un rugido.

El superintendente de policia se dirigió á la ventana, vió á los dos prisioneros salir de la fonda, y acompañados por su escolta, desaparecer por un extremo de la calle de Chiatamone.

— Ahora, dijo volviéndose hácia el dey, vuestra alteza es libre de partir cuando guste.

— ¡En este mismo instante! exclamó Hussein; ¡en este mismo instante! ¡No permaneceré un momento mas en un país tan bárbaro como el vuestro!

— ¡Buen viage! dijo el superintendente.

— ¡Id al diablo! dijo Hussein.

Aun no habia pasado una hora, y ya Hussein habia fletado un pequeño buque; dos horas despues habia hecho conducir allí sus mujeres y tesoros. En la misma noche se embarcó con su servidumbre, y á las doce se daba á la vela, maldiciendo aquel país de esclavos donde no tenia uno libertad para cortar el pescuezo á su eunuco y ahogar á su mujer.

Al día siguiente, el superintendente hizo comparecer á su presencia á los dos culpables y sufrir un interrogatorio.

Osmin fué convicto de haber dormido cuando hubiera debido velar, y Zaida de haber velado cuando hubiera debido dormir.

Pero como en el código napolitano no estaban previstos aquellos dos crímenes de *lesa alteza argelina*, no podia aplicárseles ninguna clase de penas.

En consecuencia, Osmin y Zaida, con gran admiracion suya, fueron puestos en libertad al día siguiente del en que el dey habia dejado á Nápoles.

Pero como no sabian ni el uno ni el otro qué habian de hacer no teniendo ni fortuna, ni profesion, se vieron obligados á crearse cada uno una industria.

Osmín se hizo comerciante de pastillas del serrallo, y Zaida dama de mostrador.

En cuanto al dey de Argel, habia salido de Nápoles con intencion de irse á Inglaterra, país de donde habia oido decir que se gozaba al menos de la libertad de vender á su mujer, á falta del derecho de ahogarla : pero se sintió indispuerto durante la travesía, y se vió obligado á detenerse en Liorna, donde, como es sabido, tuvo muy buena muerte, falleciendo, sin embargo, sin haber perdonado al señor Martin Zir, lo cual hubiera tenido grandes consecuencias para un cristiano, pero que no tiene importancia alguna para un turco.

II

LOS CABALLOS ESPECTROS

Habia sido yo recomendado al señor Martin Zir como artista : habia admirado su galería de pinturas, habia alabado su gabinete de curiosidades y aumentado su coleccion de autógrafos. De lo cual resultó que el señor Martin Zir, la primera vez que por allí pasé, por mas breve que fuese mi estancia, me habia cobrado mucha aficion; y la prueba era, como en otra parte se ha visto, que se habia desprendido por hacerme un favor, de su cocinero Cama, cuya historia he referido (*véase el Speronare*) y que no tenia otra falta que ser *appassionatto de Roland*, y no poder sufrir la mar sin marearse, lo cual era causa de que en tierra hiciese pocas proezas en la cocina. y de que en la mar no hiciera ninguna.

Así, pues, el señor Martin Zir nos vió con gran placer, despues de tres meses de ausencia, durante los que el rumor de nuestra muerte habia llegado hasta él, apearnos á la puerta de su fonda.

Como su galería se habia aumentado con algunos lienzos, como su gabinete se habia enriquecido con algunas curiosidades, como á su coleccion de autógrafos habian añadido algunas firmas, me fué preciso ante todo recorrer la galería, visitar el gabinete y hojear los autógrafos.

Despues de lo cual le supliqué me diese una habitación.

Sin embargo, no se trataba de perder mi tiempo en descansar. Estaba en Nápoles, es verdad; pero estaba allí bajo un nombre de contrabando; y como de un día á otro podia descubrir el gobierno napolitano mi incógnito y suplicarme fuese á ver si continuaba permaneciendo en Roma su embajador, era necesario ver lo mas pronto posible la ciudad de Nápoles.

Pero Nápoles, aparte de sus cercanías, se compone de de tres calles á donde se va siempre, y de quinientas á donde no se va jamás.

Estas tres calles se llaman la de la Chiaja, la de Toledo y la de Forcella.

Las otras quinientas no tienen nombre. Es la obra de Dédalo; es el laberinto de Creta, sin el Minotauro, mas con los lazzaroni.

Hay tres modos de recorrer la ciudad de Nápoles.

A pié, en corricolo y en calesa.

A pié se pasa por todas partes.

En corricolo se pasa por casi todas.

En calesa no se pasa mas que por las calles de Chiaja, de Toledo y de Forcella.

No trataba de ir á pié. A pié se ven demasiadas cosas.

No trataba de ir en calesa. En calesa, no se ven bastantes.

Quedaba el corricolo, término medio, justa mitad, eslabon intermediario que reunia los dos extremos.

Me fijé pues, en el corricolo.

Hecha mi eleccion, llamé al señor Martin Zir. Subió al punto.

— Mi querido huésped, le dije, acabo de decidir como mas prudente, visitar la ciudad de Nápoles en corricolo.

— ¡Magnífico! dijo el señor Martin Zir. El corricolo es nuestro carruage nacional, cuyo origen se remonta á la mas alta antigüedad. Es la *viga* de los romanos, y veo con sumo placer que apreciáis el corricolo.

— En el mas alto grado, mi querido huésped. Solo si desearia saber por cuánto tiempo á lo menos se alquila un corricolo.

— No se alquila un corricolo por un mes, me respondió el señor Martin.

— Entonces por una semana.

— No se alquila el corricolo por semana.

— Pues bien, por día.

— No se alquila el corricolo par día.

— ¿Cómo, pues, se alquila el corricolo?

— Se monta en él cuando para y se dice: « Por un carlino. » Mientras dura el carlino, os lleva el cochero; gastado el carlino, os apea. ¿ Quereis volver á comenzar? decís: « Por otro carlino; » el corricolo vuelve á partir, y así sucesivamente.

— ¿ Pero por ese carlino se va donde uno quiere?

— No, se va donde el caballo quiere ir. El corricolo es como los globos, todavía no se ha encontrado el medio de darle direccion.

— Pero entonces, ¿ por qué se va en corricolo?

— Por el placer de ir en él.

— ¿ Cómo! es por placer por lo que esos desventurados se hacinan en número de quince en un carruage donde dos van incómodos!

- No es por otra cosa.
 - ¡ Es original !
 - Es como lo digo.
 - ¿ Pero y si yo propusiese á un propietario de corricolo alquilarle su berlina por mes, por semana ó por día ?
 - Se negaría.
 - ¿ Por qué ?
 - Porque no es costumbre.
 - Él la adquiriría.
 - En Nápoles no se adquieren costumbres nuevas; se conservan las antiguas costumbres que se tienen.
 - ¿ Lo creéis así ?
 - Estoy seguro de ello.
 - ¡ Diablo ! ¡ diablo ! tenía otra idea formada del corricolo; eso me obligará á mi pesar á renunciar á él.
 - No renunciéis.
 - ¿ Y cómo quereis que no lo haga, si no se puede alquilar los corricolos ni por mes, ni por semana, ni por día ?
 - Comprad un corricolo.
 - Es que no está hecho todo con comprar el corricolo, es preciso comprar con él los caballos.
 - Comprad los caballos con él.
 - Pero me costará los ojos de la cara.
 - No.
 - ¿ Cuánto me costará, pues ?
 - Voy á decíroslo.
- Y el señor Martín, sin tomarse el trabajo de coger papel y pluma, dirigió la vista al techo y calculó de memoria.
- Eso os costara, replicó : el corricolo, diez ducados cada caballo, treinta carlinos; los arreos, una pistola; total ochenta francos de Francia.
 - ¡ Eso es maravilloso ! ¡ Y por diez ducados tendré un corricolo !

- Magnífico.
- ¿ Nuevo ?
- ¡ Oh ! pedís demasiado. En primer lugar no hay corricolos nuevos. El corricolo no existe, el corricolo se ha muerto, el corricolo ha recibido la muerte legalmente.
- ¿ Cómo es eso ?
- Si, hay un bando de policía que prohíbe á las carceros hacer corricolos.
- ¿ Y cuánto tiempo hace que ese bando se ha publicado ?
- ¡ Oh ! acaso haga ya cincuenta años.
- Entonces, ¿ cómo sobrevive el corricolo á semejante orden ?
- ¿ Conocéis la historia del cuchillo de Juanito ?
- ¡ Ya lo creo ! es una crónica nacional.
- Sus sucesivos propietarios le habian mudado quince veces el mango.
- Y quince veces la hoja.
- Lo que no impedía que fuese siempre el mismo.
- Perfectamente.
- ¡ Y bien ! esa es la historia del corricolo. Está prohibido hacer corricolos nuevos, pero no está prohibido poner ruedas nuevas á cajas viejas y cajas nuevas á ruedas viejas.
- ¡ Ah ! comprendo.
- De ese modo, el corricolo resiste y se perpetua. De ese modo el corricolo es inmortal.
- ¡ Entonces viva el corricolo, con ruedas nuevas y caja vieja ! Le hago volver á pintar, ¡ y arrea cochero ! ¿ Pero y el tiro ? Decís que por treinta francos tendré tiro.
- ¡ Magnífico ! y que irá como el viento.
- ¿ Qué especie de caballos ?
- ¡ Ah ! ¡ toma ! caballos muertos.
- ¡ Cómo ! ¿ caballos muertos ?
- Sí; ya comprendéis que por ese precio no podeis exigir otra cosa.

— Veamos, entendámonos, mi querido señor Martín, porque me parece que andamos en circunloquios.

— Nada de eso.

— Entonces, explicadme el asunto; no quiero más que instruirme, por eso viajo.

— ¿Conoceis la historia de los caballos?

— ¿La historia natural? ¿á Bufon? ciertamente: el caballo es después del león, el más noble de los animales.

— No, la historia filosófica.

— Me he ocupado menos de ella; pero no importa, seguid.

— Ya sabéis las vicisitudes á que están sujetos esos nobles cuadrúpedos.

— ¡Toma! cuando son potros se les dedica á la silla.

— ¿Y después?

— De la silla pasan á la berlina; de la berlina descienden al fiacre; del fiacre caen en la tartana; de la tartana se despeñan en el matadero.

— ¿Y del matadero?

— Van al lugar donde se retiran las almas de los justos; á los Campos Eliseos supongo.

— ¡Pues bien! aquí recorren una fase más.

— ¿Cuál?

— Del matadero van al corricolo.

— ¿Cómo es eso?

— Ved el sitio donde se matan los caballos, en la punta de la Magdalena.

— Os escucho.

— Allí hay continuamente aficionados.

— ¡Está bien!

— Y cuando llevan un caballo....

— ¿Cuándo llevan un caballo que?

— Compran la piel por treinta carlinos; es el precio, hay una tarifa.

— ¿Y bien?

— ¡Y bien! en lugar de matar el caballo y de quitarle la piel, los aficionados cogen la piel y el caballo, y utilizan los días que le quedan de vida al caballo, seguros como están de que la piel no se les escapará. Ved lo que es eso de caballos muertos.

— ¿Pero qué diablo puede uno hacer con uno de esos desventurados animales?

— Se les engancha á los corricolos.

— ¡Cómo! ¿aquellos que me han traído desde Salerno á Nápoles?...

— Eran fantasmas de caballos, caballos espectros.

— ¡Pero no han dejado el galope!

— Los muertos van con velocidad.

— En último resultado comprendo que atracándolos de avena...

— ¿De avena? ¡jamás un caballo de corricolo ha comido avena!

— ¿Pues de qué viven?

— De lo que encuentran.

— ¿Y qué encuentran?

— Toda clase de cosas, tronchos, berzas, hojas, escarola, sombreros viejos de paja.

— ¿Y á qué hora toman su alimento?

— Por la noche se los lleva á pastar.

— Perfectamente. Nos quedan las guarniciones.

— ¡Oh! en cuanto á eso, yo me encargo de ello.

— ¿Y de los caballos?

— De los caballos también.

— ¿Y del corricolo?

— También, si con eso os presto un servicio.

— ¿Y cuándo estará dispuesto todo eso?

— Mañana, por la mañana.

— ¡Sois un hombre estimable!

— ¿Necesitaréis un cochero?

— No, lo guiaré yo mismo.

- Muy bien; pero mientras esperéis, ¿qué hareis?
- ¿Teneis un libro?
- Tengo mil doscientos volúmenes.
- Pues bien, leeré. ¿Teneis alguna cosa que trate de vuestra poblacion?
- ¿Quereis *Napoli senza sole*?
- ¿Nápoles sin sol?
- Si.
- ¿Y qué es eso?
- Una obra para uso de las gentes de á pié, y que os será mas útil que todos los Ebels y todos los Ricardos de la tierra.
- ¿Y de qué trata?
- De la manera de recorrer la ciudad de Nápoles á la sombra.
- Por la noche.
- No, de dia.
- ¿A una hora dada?
- No, á todas horas.
- ¿Aun al medio dia?
- Especialmente al medio dia. ¡Gran mérito tendria encontrar sombra al anochecer y por la mañana!
- ¿Pero quién es el sábio geógrafo que ha ejecutado esa obra maestra?
- Un jesuita ignorante, á quien sus cofrades habian reconocido como demasiado animal para ocuparle en otra cosa.
- ¿Y cuántos años le há ocupado esa obra?
- Toda su vida... Es una publicacion póstuma.
- ¿Mediante la cual decis se puede?...
- Partir desde donde se quiera, é ir á donde agrado, en cualquier instante de la mañana, ó á cualquiera hora de la tarde que sea, sin recibir un rayo de sol.
- Ved ahí un hombre que merecia ser canonizado:
- No se sabe su nombre.

- ¡Humana ingratitud!
- ¿Es decir, que os agrada ese libro?
- ¿Cómo? si es un tesoro. Enviádmelo lo mas pronto posible.

Pasé el dia en estudiar aquel precioso itinérario: dos horas despues, conocia mi Nápoles sin sol, y hubiera ido á la sombra desde el puente de la Magdalena al Panstilipo, y de la Unaria á San Telmo.

Llegó la noche y con ella el fresco. Entonces, á aquella suave brisa del mar, ví que se abrieron todas las ventanas como para respirar. Las puertas rodaron sobre sus goznes, los carruages comenzaron á salir, Chiaja se llenó de trenes, y la Villa-Reale de paseantes.

Como todavia no tenia yo mi tren, me mezclé á los de á pié.

La Villa-Reale está frente á la fonda de la Victoria; es el paseo de Nápoles. Está situada relativamente á la calle de Chiaja, como el jardin de las Tullerías á la calle de Rivoli. Solo que en lugar del terraplen á orilla del agua, se ve allí la playa del Arno; el lugar del Sena es el Mediterraneo; en vez del muelle de Orsay, hay una estension inmensa, el espacio, el infinito.

La Villa-Reale es sin contradiccion el mas bonito y sobre todo el mas aristocrático paseo del mundo. Las gentes del pueblo, los aldeanos y los lacayos son rigorosamente escluidos de él, y no pueden pasear allí mas que una vez al año, el dia de la fiesta de la Madona del Pie de la Gruta. Así que en ese dia se oprime la multitud en sus calles de acacias, en sus bosques de mirtos, alrededor de su templo circular. Todos, hombres y mujeres, acuden de veinte leguas en contorno con su trage nacional; Ischia, Caprea, Castellamore, Sorrento, Prócida, envian su diputacion, sus mas bellas hijas, y la solemnidad de este dia es tan grande con tanto ardor esperada, que es costumbre hacer en los contratos matrimoniales una obligacion al marido de con-

- Muy bien; pero mientras espereis, ¿qué hareis?
- ¿Teneis un libro?
- Tengo mil doscientos volúmenes.
- Pues bien, leeré. ¿Teneis alguna cosa que trate de vuestra poblacion?
- ¿Quereis *Napoli senza sole*?
- ¿Nápoles sin sol?
- Sí.
- ¿Y qué es eso?
- Una obra para uso de las gentes de á pié, y que os será mas útil que todos los Ebels y todos los Ricardos de la tierra.
- ¿Y de qué trata?
- De la manera de recorrer la ciudad de Nápoles á la sombra.
- Por la noche.
- No, de dia.
- ¿A una hora dada?
- No, á todas horas.
- ¿Aun al medio dia?
- Especialmente al medio dia. ¡Gran mérito tendria encontrar sombra al anoecer y por la mañana!
- ¿Pero quién es el sábio geógrafo que ha ejecutado esa obra maestra?
- Un jesuita ignorante, á quien sus cofrades habian reconocido como demasiado animal para ocupar en otra cosa.
- ¿Y cuántos años le há ocupado esa obra?
- Toda su vida... Es una publicacion póstuma.
- ¿Mediante la cual decís se puede?...
- Partir desde donde se quiera, é ir á donde agrade, en cualquier instante de la mañana, ó á cualquiera hora de la tarde que sea, sin recibir un rayo de sol.
- Ved ahí un hombre que merecia ser canonizado:
- No se sabe su nombre.

- ¡Humana ingratitud!
- ¿Es decir, que os agrada ese libro?
- ¿Cómo? si es un tesoro. Enviádmele lo mas pronto posible.

Pasé el dia en estudiar aquel precioso itinerario: dos horas despues, conocia mi Nápoles sin sol, y hubiera ido á la sombra desde el puente de la Magdalena al Panstilipo, y de la Unaria á San Telmo.

Llegó la noche y con ella el fresco. Entonces, á aquella suave brisa del mar, vi que se abrieron todas las ventanas como para respirar. Las puertas rodaron sobre sus goznes, los carruages comenzaron á salir, Chiaja se llenó de trenes, y la Villa-Reale de paseantes.

Como todavía no tenia yo mi tren, me mezclé á los de á pié.

La Villa-Reale está frente á la fonda de la Victoria; es el paseo de Nápoles. Está situada relativamente á la calle de Chiaja, como el jardin de las Tullerías á la calle de Rivoli. Solo que en lugar del terraplen á orilla del agua, se ve allí la playa del Arno; el lugar del Sena es el Mediterraneo; en vez del muelle de Orsay, hay una estension inmensa, el espacio, el infinito.

La Villa-Reale es sin contradiccion el mas bonito y sobre todo el mas aristocrático paseo del mundo. Las gentes del pueblo, los aldeanos y los lacayos son rigorosamente escludidos de él, y no pueden pasear allí mas que una vez al año, el dia de la fiesta de la Madona del Pie de la Gruta. Asi que en ese dia se oprime la multitud en sus calles de acacias, en sus bosques de mirtos, alrededor de su templo circular. Todos, hombres y mujeres, acuden de veinte leguas en contorno con su trage nacional; Ischia, Caprea, Castellamore, Sorrento, Prócida, envian su diputacion, sus mas bellas hijas, y la solemnidad de este dia es tan grande con tanto ardor esperada, que es costumbre hacer en los contratos matrimoniales una obligacion al marido de con-

ducir á su mujer al paseo de la Villa-Reale el 8 de Setiembre de cada año, día de la fiesta de la Madona di Pie di Grotta.

Al contrario que en las Tullerías, de donde se despeja al público en el momento en que es mas agradable pasear allí, la Villa-Reale permanece abierta toda la noche. Las grandes verjas se cierran, es verdad, pero dos puertecitas ocultas proporcionan á los paseantes rezagados una entrada y una salida siempre practicables á cualquier hora que sea.

Permanecimos hasta media noche sentados en la muralla que las olas azotaban. No podíamos dejar de mirar aquel mar límpido y azulado que acabábamos de surcar en todas direcciones, y al que íbamos á dar un adiós. Jamás nos habia parecido tan bello.

Al entrar en la fonda encontramos al señor Martin Zir, quien nos previno que todos los encargos que le habíamos hecho estaban cumplidos, y que al día siguiente nos esperaría nuestro vehículo á las ocho de la mañana á la puerta de la fonda.

Efectivamente, á la hora dicha, oímos sonar los casabeles de nuestros resucitados; nos asomamos, al balcon y vimos al rey de los corricoli.

Estaba pintado con el fondo rojizo y dibujos verdes. Estos dibujos representaban árboles, animales y arabescos. La composición en conjunto representaba el paraíso terrenal.

Dos caballós que parecían llenos de impaciencia, desaparecían bajo los arreos, los penachos y los lazos de que estaban cubiertos.

En fin, un hombre, armado con una largo látigo, estaba de pié junto á nuestro tren, el que parecia admirar con toda la satisfaccion del orgullo.

Bajamos al punto y reconocimos en el hombre de la fusta á Francesco, es decir, al automedonte que nos habia

conducido en calesino desde Salerno á Nápoles. El señor Martin Zir se habia dirigido á él como á un hombre de la profesion. Enorgullecido con la confianza, Francesco habia obrado activamente y en conciencia. Se habia agenciado la caja, habia comprado los caballos, encontrado de lance arreos casi nuevos: en fin, á pesar de la pretension que habíamos manifestado de guiar nosotros mismos, iba á ofrecernos sus servicios como cochero.

Empecé por pedirle la nota de sus gastos; me la presentó. Como habia dicho el señor Martin Zir, ascendía á ochenta y un francos.

Le di noventa; puso su cruz por bajo total del en forma de finiquito, luego le cogí el látigo de las manos, y me dispuse á montar en nuestro carruage.

— ¿Acaso estos señores no me conservarán en su servicio? nos preguntó Francesco.

— ¿Y para qué? amigo mio, respondí yo.

— Para hacer todo aquello de que soy capaz, y especialmente para hacer caminar vuestros caballos.

— ¡Cómo! ¿para hacer marchar nuestros caballos?

— Sí.

— Nosotros mismos los haremos andar perfectamente.

— Será preciso verlo.

— Ya he guiada yo otros mas briosos que los tuyos.

— No digo que sean briosos, escelencia.

— Y en una ciudad donde es mas difícil guiar que en Nápoles, donde hasta las cinco de la tarde no hay nadie en las calles.

— No dudo de la destreza de vuestra escelencia pero...

— ¿Pero qué?

— Pero vuestra escelencia acaso habrá guiado hasta hoy caballos vivos mientras que...

— ¿Mientras qué? Vamos, habla.

— Mientras que estos son caballos muertos.

— ¿Y qué?

— ¡Y qué! Haré observar á su escelencia que es una cosa muy distinta.

— Porqué?

— Su escelencia lo verá.

— ¿Es que tienen resabios tus caballos?

— ¡Oh! no, escelencia; son como la yegua de Rolando, á la que no faltaba ninguna buena cualidad; pero todas aquellas cualidades estaban compensadas con un solo defecto.

— ¿Cuál?

— Estaba muerta.

— Pero si no andan conmigo, con nadie andarán.

— Perdonad, escelencia.

— ¿Y quién los hará andar?

— Yo.

— Seria curioso hacer el experimento.

— Hacedle, escelencia.

Francesco fué con aire socarrón á apoyarse en la puerta de la fonda, mientras que yo saltaba al corricolo donde me esperaba Jadin, y me acomodaba junto á él.

Apenas instalado, recogí las riendas con la mano izquierda y largué con la derecha un latigazo que alcanzó al troton y al vivaracho. Ni uno ni otro se movieron; se hubiese dicho que eran caballos de mármol.

Habia manejado el látigo de derecha á izquierda, y volví á comenzar manejándole de izquierda á derecha. La misma inmovilidad.

Dirigí la fusta á las orejas. Se contentaron con moverse como hubieran hecho para libertarse de una mosca que les hubiese picado.

Cogí el látigo por la fusta y sacudí con el mango. Se contentaron con mover la piel, como hace un asno cuando quiere lanzar á tierra á su jinete.

Esto duró diez minutos.

En este tiempo todos los balcones de la fonda se habian

abierto y habia á nuestro alrededor un círculo de doscientos lazzaroni.

Vi que estaba representando una comedia gratis á la población de Nápoles. Como no habia yo ido á competir con el polichinela, tomé mi resolución. En el mismo instante arrojé el látigo á Francesco con curiosidad de ver cómo salía del paso á su vez.

Francesco saltó á la trasera, cogió las riendas que le entregué, lanzó un grito, sacudió un fustazo, y partimos al galope.

Después de algunas evoluciones alrededor de la plaza, Francesco llegó por fin á dirigir su tren hácia la calle de la Chiaja.